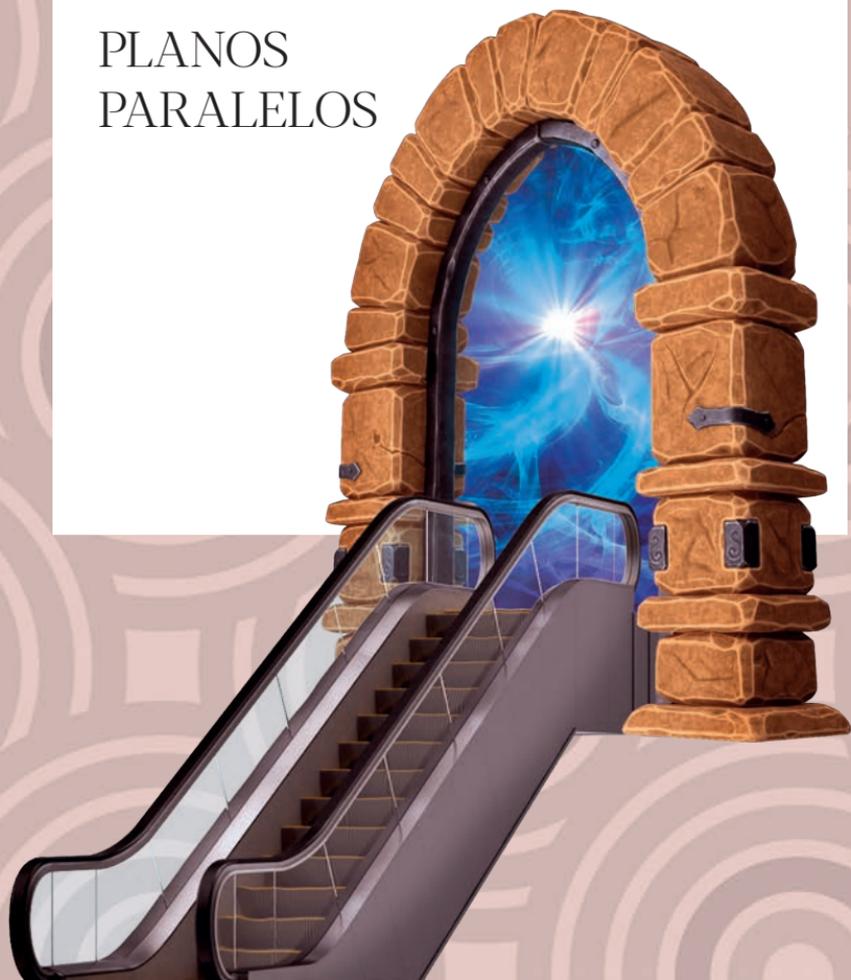


minotauro

# URSULA K. LE GUIN

PLANOS  
PARALELOS



**URSULA  
K. LE GUIN**

PLANOS PARALELOS

minotauro

Título original: *Changing Planes*

*The Silence of the Asonu* («El silencio de los asonu») fue publicado en Orion como *The Wisdom of the Asonu*, © Ursula K. Le Guin, 1998; *Seasons of the Ansarac* («Las estaciones de los Ansarac») fue publicado en [www.infinitematrix.net](http://www.infinitematrix.net), © Ursula K. Le Guin, 2002; *The Royals of Hegn* («La realeza de Hegn») fue publicado en Asimov's Science Fiction, © Ursula K. Le Guin, 1999; *The Building* («El Edificio») fue publicado en Redshift, © Ursula K. Le Guin, 2002; *The Fliers of Gy* («Los voladores de Gy») fue publicado en [www.scifi.com](http://www.scifi.com), © Ursula K. Le Guin, 2000; *The Island of the Immortals* («La Isla de los Inmortales») fue publicado en *Amazing Stories*, © Ursula K. Le Guin, 1998.

© 2003 by Ursula K. Le Guin

© de la traducción, Manuel Manzano  
Revisión de Carme López

© Editorial Planeta, S. A., 2003  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

ISBN: 978-84-450-0985-7  
Depósito legal: B. 1.985-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## El método de Sita Dulip

El alcance de un avión –unos cuantos miles de kilómetros, el otro lado del mundo, las palmeras cocoteras, los glaciares, los Polos, un lama, una llama, etcétera– es penosamente limitado si lo comparamos con la vasta extensión y variedad de experiencias que puede proporcionar, para los que saben usarlo, un aeropuerto.

Los aviones están abarrotados, contaminados, son estrechos, ruidosos, inquietantes y aburridos, y en ellos sirven por costumbre comida asquerosa y a intervalos en absoluto razonables. Los aeropuertos, aunque más grandes, comparten con los aviones las aglomeraciones, el aire viciado, el ruido y la tensión implacable, pero su comida es a menudo incluso más asquerosa, ya que consiste casi siempre en trozos de algo frito; y los lugares donde comérselos son deprimentes hasta el suicidio. En el avión todo el mundo está atrapado en un asiento por un cinturón y uno solo puede moverse durante muy cortos períodos de tiempo, cuando se le permite estar de pie en una apretada fila esperando vaciar las vejigas, para justo antes de alcanzar el cubículo del retrete ser hostigado por un altavoz gruñón hasta que uno vuelve a su atada inmovilidad. En

el aeropuerto, personas cargadas con sus equipajes corren de aquí para allá a lo largo de pasillos sin fin, como almas a las que el diablo hubiese proporcionado un mapa diferente e inexacto de la ruta de escape del infierno. Esas personas apresuradas son contempladas por otras sentadas en sillas de plástico atornilladas al suelo, y que bien podrían estar también atornilladas a los asientos. Así pues, hasta ahora, aeropuertos y aviones son iguales, del mismo modo que el fondo de una fosa séptica es, por regla general, igual al fondo de la siguiente fosa séptica.

Si tanto usted como su avión son puntuales, el aeropuerto es simplemente un difuso, corto y desdichado preludeo del intenso, largo y desdichado viaje en avión.

Pero cuando existe un intervalo de cinco horas entre su llegada y el enlace de su siguiente vuelo, o su avión ha llegado con retraso y usted pierde su enlace, o el avión de enlace va a llegar tarde o el personal de otra compañía aérea está en lucha por un paquete de ventajitas salariales y el gobierno aún no ha ordenado a la Guardia Nacional controlar esa amenaza contra el capitalismo internacional, o el personal de su compañía aérea está intentando controlar por segunda vez a tanta gente como de costumbre, o hay tornados o tormentas eléctricas o tempestades de nieve o importantísimas piecitas del avión estropeadas o alguna de las otras miles de razones (nunca, bajo ninguna circunstancia, por culpa de las compañías aéreas, y raramente explicadas a tiempo), en todos esos casos, las personas que tienen reservados asientos en un avión se sientan y se sientan y se vuelven a sentar en los aeropuertos sin ir a ningún lado.

En este probablemente su verdadero sentido, el aeropuerto no es el preludeo de un viaje, ni tampoco

un lugar de transición: es una parada. Una obstrucción. Un estreñimiento. El aeropuerto es desde donde no puedes ir a ninguna otra parte. Un no lugar en el que el tiempo no pasa y donde no hay esperanza de existencia significativa alguna. Una terminal: el fin. El aeropuerto no ofrece nada a ningún ser humano excepto el acceso al intervalo entre los aviones.

Sita Dulip, de Cincinnati, fue quien primero reflexionó acerca del tema, y quien descubrió la técnica del viaje interplanar<sup>1</sup> que ahora ponemos en práctica la mayoría de nosotros.

Su vuelo de enlace de Chicago a Denver se había retrasado a causa de un inexplicable, o imprevisible, mal funcionamiento del avión. Estaba previsto que despegara a las 13.10, dos horas más tarde. A las 13.55 se retrasó el vuelo hasta las 15.00. Y a las 15.00 fue suprimido de la lista de salidas. En la puerta de embarque no había nadie para responder a las preguntas. Los puestos de las compañías aéreas estaban a kilómetros de distancia, solo ligeramente más cerca que los lavabos. Sita Dulip había ingerido un almuerzo asqueroso de pie frente a un sucio mostrador de plástico, ya que las pocas mesas que había estaban todas ocupadas por niños cansados y llorosos con padres ferozmente severos, o por gigantescos jóvenes peludos vestidos con pantalones cortos, camisetas sin mangas y correas de cuero. Hacía ya mucho rato que se habían leído los editoriales del periódico local, en los que se abogaba por que el presupuesto de educación se destinara a la construcción de más prisiones y se aplaudía la reciente

1. Literalmente «interplanar», un juego de palabras intraducible dada la polisemia de *plane*, que significa tanto plano como avión. (*N. del t.*)

derogación de los impuestos para los ciudadanos cuyos ingresos superaran los de Rumanía. Las tiendas del aeropuerto no vendían libros, solo *bestsellers* que Sita Dulip no podía leer sin riesgo de severas reacciones sistémicas. Llevaba más de una hora sentada en una silla de plástico azul con patas metálicas atornilladas al suelo, formando parte de una hilera de personas sentadas en sillas de plástico azul con patas metálicas atornilladas al suelo frente a una hilera de personas sentadas en sillas de plástico azul con patas metálicas atornilladas al suelo, cuando (como dijo ella más tarde) «me vino».

Había descubierto que, mediante una sencilla curvatura de la fuerza centrífuga, más fácil de llevar a cabo que de explicar, podía ir a cualquier parte –estar en cualquier parte– porque estaba ya entre planos.<sup>2</sup>

Se encontró en Strupsirts, esa región de trombas marinas y volcanes, pintoresca y fácilmente accesible aunque un tanto tridimensional, que todavía es uno de los destinos favoritos de los viajeros interplanares primerizos. Dada su inexperiencia, temía perder su vuelo, y permaneció en Strupsirts solo una hora antes de volver al aeropuerto. En seguida vio que, en este plano, su ausencia no había durado prácticamente nada.

Encantada, se trasladó de nuevo y esta vez se encontró en Djeyo. Ahí pasó dos noches en un pequeño hotel dirigido por la agencia Interplanar, con una terraza con vistas al mar de Somue. Dio largos paseos por la

2. Aquí, la autora se vale de la ya citada polisemia de *plane* en inglés y aprovecha la situación del personaje principal –que se encuentra en el período entre bajar de un avión y subirse al siguiente– para concebir la idea de viaje instantáneo entre distintos planos (*plane*, plano, pero también avión) o niveles de un mismo universo. Por desgracia, es un efecto intraducible, así que échenle imaginación. (*N. del t.*)

playa, nadó en sus frías y calmadas aguas doradas —«como nadar en brandy con soda», diría después— y conoció a algunos visitantes agradables de otros planos. Los menudos e inofensivos nativos de Djeyo no mostraban interés por los visitantes y nunca bajaban al suelo, se limitaban a permanecer en cuclillas en lo alto de las copas de las palmeras, regateando, chismorreando y cantándose dulces y cortas canciones de amor unos a otros. Cuando, a regañadientes, Sita Dulip volvió al aeropuerto y se dirigió al mostrador de facturación, solo habían pasado nueve o diez minutos. Su vuelo fue anunciado en seguida.

Voló a Denver, a la boda de su hermana pequeña. En su viaje de vuelta a casa perdió su conexión en Chicago y pasó una semana en Choom, adonde después ha regresado con frecuencia. Su trabajo en una agencia de publicidad supone gran cantidad de viajes aéreos, y ahora habla choomwot como un nativo.

Sita enseñó a varios de sus amigos, entre los cuales me alegro de estar incluida, cómo cambiar de plano. Por eso la técnica, el método, se ha ido extendiendo gradualmente fuera de Cincinnati. Otras personas de nuestro plano pueden perfectamente haberlo descubierto por sí mismos, ya que parece que mucha gente lo practica ahora, aunque no siempre intencionadamente. Se les encuentra aquí y allá.

Estando con los asonu conocí a un hombre del plano candensiano, que es muy parecido al nuestro, aunque la mayor parte de él está compuesta por Toronto.

Me dijo que, para cambiar de plano, un candensiano tiene que comer dos pepinillos encurtidos en vinagre y eneldo, apretarse el cinturón, sentarse erguido en una silla dura sin tocar el respaldo con la espalda y

respirar diez veces por minuto durante aproximadamente diez minutos.

Comparada con nuestra técnica, la suya es envidiablemente fácil. Nosotros (me refiero a las personas del plano en el que yo vivo cuando no estoy viajando) solo podemos cambiar de plano en los aeropuertos.

Hace ya mucho tiempo que la agencia Interplanar estableció que una combinación específica de tensa insatisfacción, aburrimiento e indigestión es la que mejor facilita el viaje interplanar; pero la mayoría de las personas, de la mayoría de los planos, no tienen que sufrir tanto como nosotros.

Los siguientes relatos y descripciones de otros planos, proporcionados por amigos o procedentes de notas que yo misma tomé en mis excursiones y en bibliotecas de varias clases, pueden inducir al lector a probar el viaje interplanar; o, en su defecto, pueden al menos ayudar a pasar una hora en un aeropuerto.

## Gachas en Islac

Debe admitirse que el método inventado por Sita Duplip no es del todo fiable. A veces te encuentras en planos diferentes a los que deseabas ir. Si siempre que viaje lleva con usted un ejemplar de la *Guía práctica planar*, de Rornan, podrá saber adónde ha llegado, sea donde sea, aunque Rornan tampoco resulta totalmente fiable. Pero la *Enciclopedia Planaria*, en cuarenta y cuatro volúmenes, no es nada práctica de transportar y, después de todo, ¿quién es completamente de fiar a menos que esté muerto?

Yo llegué a Islac sin querer, cuando aún era inexperta, antes de haberme acostumbrado a llevar la Rornan en la maleta. El hotel Interplanar tenía la *Enciclopedia*, pero en ese momento estaba en el encuadernador, porque, según dijeron, los osos se habían comido la cola de las cubiertas y estas se habían desprendido de los libros. Pensé que en Islac debían de tener osos bastante raros, pero no me atreví a preguntar. No obstante, miré cuidadosamente por los alrededores, en las salas y en mi habitación por si se daba el caso de que hubiera algún oso merodeando. Era un hotel bonito y los huéspedes eran agradables, así que decidí aceptar

las cosas como venían y pasar un día o dos en Islac. Eché un vistazo a los libros de la estantería de mi habitación e introduje uno en el leemático empotrado, y ya me había olvidado completamente de los osos cuando algo se escabulló detrás de uno de los sujetalibros.

Moví el sujetalibros y pude verlo durante un instante. Era oscuro y peludo, y tenía una especie de cola larga y delgada, como de alambre. Medía entre quince y veinte centímetros sin contar la cola. No me apetecía mucho compartir mi habitación con él, pero odio quejarme a desconocidos –solo puedes quejarte satisfactoriamente a personas que conoces muy bien–, así que tapé con el pesado sujetalibros el agujero de la pared por donde había desaparecido la criatura y bajé a cenar.

El hotel servía al estilo familiar, y todos los huéspedes se sentaban a una larga mesa. Era un agradable grupo de varios planos diferentes. Pudimos conversar por parejas, utilizando nuestros tradumáticos, aunque la conversación general cargó excesivamente los circuitos. El comensal de mi izquierda, una señora sonrosada de un plano al que llamó Ahyes, me dijo que ella y su marido iban a Islac muy a menudo. Le pregunté si sabía algo sobre los osos.

–Sí –dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza–. Son bastante inofensivos. Pero ¡son una pequeña plaga! ¡Estropean los libros, lamen los sobres y se acurrucan en la cama!

–¿Se acurrucan en la cama?

–Sí, sí. Antes eran animales domésticos.

Su marido me habló desde la izquierda de su esposa. Era un señor también sonrosado.

–Ositos de peluche –dijo en inglés, sonriendo–. Sí.

–¿Ositos de peluche?

–Sí, sí –contestó él, y entonces añadió en su propio idioma–: Los ositos de peluche son pequeños animales de compañía para niños, ¿no es así?

–Sí, pero no están vivos.

Pareció consternado:

–¿Están muertos?

–No, no son animales sino juguetes.

–Sí, sí. Juguetes, mascotas –dijo él sonriendo y asintiendo con la cabeza.

Él quería hablar sobre su visita a mi plano; había estado en San Francisco y le había gustado mucho, y acabamos hablando de terremotos en lugar de sobre ositos de peluche. Un seísmo de 5,6 en la escala le había parecido «una experiencia con mucho encanto, muy agradable», y él, su esposa y yo estuvimos riéndonos durante un buen rato mientras él hablaba de sus experiencias. Realmente eran una pareja muy agradable con una visión muy positiva de la vida.

De vuelta en mi habitación, coloqué la maleta contra el sujetalibros que bloqueaba el agujero de la pared y me metí en la cama esperando que los ositos de peluche no tuvieran una puerta trasera.

Aquella noche nada se acurrucó conmigo en la cama. Me desperté muy temprano y con el *jet lag* del viaje de Londres a Chicago, donde mi vuelo hacia el oeste se había retrasado, permitiéndome esas breves vacaciones.

Era una mañana encantadoramente cálida, el sol acababa de salir. Me levanté y me fui a dar un paseo y ver la ciudad de Slas, en el plano de Islac.

Podría haber sido una de las grandes ciudades de mi plano, no tenía nada exótico para mis ojos, exceptuando quizá que los edificios exhibían una mayor mezcla de tamaños y estilos arquitectónicos que los

nuestros. Es decir, nosotros construimos los edificios imponentes en el centro y en las calles importantes, y los humildes y pequeños en la periferia, en los barrios pobres o en los arrabales.

En ese barrio de Slas, las casas grandes se levantaban junto a cabañas diminutas, algunas de ellas apenas más grandes que madrigueras. Cuando fui en la otra dirección, hacia el centro, encontré la misma caótica mezcla de escalas en los edificios de oficinas. Un viejo bloque de granito macizo de cuatro pisos de altura sobresalía por encima de una construcción de diez plantas de tres metros de ancho, con pisos de solo un metro o un metro y medio de altura: el rascacielos de una muñeca.

Pero entonces, sin embargo, había bastantes nativos por las calles, y los edificios no me confundieron tanto como lo hicieron las personas.

Eran increíblemente variados en cuanto a tamaño, color y forma. Una mujer que debía de medir unos dos metros y medio de altura me barrió, literalmente: era barrendera y limpiaba la acera diligentemente. Llevaba lo que yo tomé por una escoba de repuesto o un plumero, un gran manojo de plumas, metido en la parte de atrás de su cinturón, como la cola de un avestruz. Luego llegó un hombre de negocios, caminando a grandes zancadas y conectado a una red de computación mediante un enchufe en la oreja, una boquilla y la parte izquierda de la montura de sus gafas; hablaba con alguien sobre el informe de un estudio de mercado. Me llegaba a la cintura. Cuatro hombres jóvenes pasaron por el otro lado de la calle; no había nada raro en ellos si exceptuamos que eran todos exactamente iguales. Entonces vi a un niño que correteaba hacia la escuela cargado con su pequeña mochila. Correteaba a

cuatro patas, hábilmente, con las manos enfundadas en manoplas de piel y los pies calzados con unas botas que lo protegían del pavimento; tenía la piel pálida, los ojos pequeños y hocico, pero era adorable.

Una cafetería acababa de abrir al lado de un parque del centro. Aunque ignorante de lo que los islacos tomaban en el desayuno, tenía un hambre voraz y estaba lista para atreverme con cualquier cosa comestible. Sostuve mi tradumático frente a la camarera, una mujer de aspecto cansado, de unos cuarenta años, perfectamente normal a mis ojos, excepto por la belleza de su amarillo, espeso y extravagante cabello trenzado.

–Por favor, dígame qué es lo que comen los extranjeros para desayunar –pedí.

Ella se rio, mantuvo después una hermosa y amable sonrisa y dijo mediante el tradumático:

–Bueno, es usted quien tiene que decírmelo. Nosotros comemos cledif, o fruta con cledif.

–Fruta con cledif, por favor –dije.

En seguida me trajo un plato de frutas de aspecto delicioso y un gran bol de unas gachas homogéneas, amarillas y tibias, tan consistentes como una crema muy espesa. Suena repugnante, pero eran deliciosas, dulces y suaves, ligeramente saciantes y levemente estimulantes, como el café con leche. Esperó a ver si me gustaban.

–Lo siento, no he pensado en preguntarle si es carnívora –se disculpó–. Los carnívoros desayunan animales crudos o cledif con despojos.

–Esto está bien –dije.

No había nadie más allí, y nos habíamos caído en gracia mutuamente.

–¿Puedo preguntarle de dónde viene? –dijo, y empezamos a charlar.